

VOLKSWAGEN BLUES O LA SINRAZÓN DE LA EXISTENCIA*

Yolanda Ugalde R.

Si pudiéramos sintetizar con una frase la sensación y el contenido de esta novela, tendríamos que decir: frustración existencial. Amarga, frustrada y frustrante búsqueda de sentido. En un momento podría parecer exagerada esta opinión, pero una valoración de los personajes y de los sucesos confirman lo anterior.

El argumento de *Volkswagen Blues* es sencillo: Jacques Waterman, escritor poco conocido, busca a su hermano Theo, al que dejó de ver hace más de veinte años, cuando éste partió. En su recorrido —siguiendo como única pista una extraña postal enviada hace años por su hermano—,

partirá desde Gaspé, Canadá, hasta llegar a San Francisco, siguiendo el mismo recorrido que los colonizadores del oeste en el siglo XIX.

Desde el inicio de su recorrido, conocerá fortuitamente a una joven mestiza (aunque ella misma se considera más india que blanca), que, con su compañía, ideas, sentido práctico —y la compañía de su pequeño gato negro—, le irá allanando el camino a Jacques hasta por fin encontrar a su hermano. En esta pareja tan diferente el uno del otro, surgirá una amistad o mejor una solidaridad en el dolor, dolor (existencial, dolor de identidad y de destino), que de alguna manera los dos comparten. Y todo esto gira sobre el único personaje estable y perfectamente definido: un viejo Volkswagen, una combi, que les sirve

de transporte, casa y sobre todo de punto de reunión.

Tras pasar por ciudades, museos, bibliotecas y gente a la que solo se nombra o trata por ser dependiente o servidor público —además de pistas “sembradas” o puestas para ser descubiertas de forma casi inverosímil—, Jacques se irá enterando de que algunas de las acciones de su hermano no han estado demasiado bien, cosa que le ha llevado a ser encarcelado y lo han conducido paulatinamente a la frustración.

Tras esta paciente búsqueda, en donde el tiempo y el espacio no importan, pues parecen contar con todo el tiempo necesario, encontrarán por fin al hermano de Jacques en un estado físico y mental lamentable, incapaz de reconocer a su propio hermano y ayudado por enfermeros para realizar sus necesidades básicas.

El final no puede ser más deprimente: Siendo la parálisis de *Theo* progresiva, su curación es imposible. Si se intenta que el pobre hombre recuerde algo de su pasado, se corre también el riesgo de agravar su estado, por lo que Jacques decide no verlo más. “Logrado el objetivo” (si así se puede llamar lo que encontraron), la pareja se separa, sin muchas manifestaciones de afecto (a excepción del largo abrazo dentro del Volks), aunque sí con melancolía, dejando

* Jacques Poulin, *Volkswagen blues*, trad. de Antonio Marquet, Plaza y Janés, México, 2003. 257 pp. ISBN 970-05-1641-5

Jacques como prueba de amistad y cariño, el viejo Volks a la joven india, que deja a Jacques hasta la entrada del aeropuerto, para no verse probablemente más.

En general, el argumento no tiene peso alguno, más que el de quien quiere narrar algo. Directamente el autor no muestra querer influir en su público, sino simplemente expresarse. No hay propiamente ningún personaje que irradie felicidad, sino más bien desasosiego y desubicación. La novela presupone en el fondo una comunidad de hombres con desahogo económico pero insatisfacción personal. Hay suficiente tiempo para viajar y hay lugares para pernoctar; hay abundancia de museos y bibliotecas; pero hay una terrible búsqueda

de sentido de la vida. Y tanto sufre frustración el que no es osado en la vida (como Jacques) como el que siempre se ha atrevido a todo (como Theo).

El sabor que deja la novela, por tanto, no puede ser sino amargo, como la sensación de un vacío en el estómago. Es esa sensación de la que habla Jacques: la sensación de que “hay días en que parece que todo se derrumba”.

Es la dificultad de realización personal e interrelacional (“*será preciso que algún buen día aprenda cómo funcionan, cómo son las relaciones entre la gente*”), lo que motiva al narrador. Es el vacío existencial que carcome lo que le exige expresarse. El mismo Poulin dice que, de alguna

manera, todo el que escribe se proyecta. Y él no sólo lo hace al poner su nombre al del protagonista principal, sino también al hablar del escritor ideal y al decir que la escritura “es una forma de exploración”.

Aunque el autor nunca explica explícitamente en la novela, la razón del título de ella (*Volkswagen Blues*), se desprende obviamente que la primera parte se debe al vehículo en el que la aventura se traslada a lo largo de la novela. Pero la segunda (*Blues*) es la palabra que acaso tiene más ingenio de toda la novela: la vida es un recorrido, un continuo movimiento, una continua y amarga búsqueda de libertad, de expresión de sentimiento, de experiencia vital.